

Contemplativos en acción

José María Mendizábal (†)

«**E**l acontecimiento será tu maestro interior», decía E. Mounier. Y el acontecimiento, lo que me ha ocurrido y acontecido en los últimos días, ha sido que he cumplido sesenta años. Los amigos no saben si llamarme sesentón o sexagenario. Es que decir sesentón aproxima a cuarentón o cincuentón y eso rejuvenece; decir sexagenario acerca a octogenario o septuagenario o centenario y eso envejece. De una u otra forma ese es el acontecimiento que por pequeño que sea ahí está en mi vida.

Podría ponerme a mirar atrás pero no merece la pena, ni tiene remedio; mirar adelante es ilusorio e irreal. El futuro siempre es incierto y sorprendente y sobre todo previsiblemente mucho más corto que el pasado, lo cual obliga a vivir el presente llenándolo de ideales que se han alimentado en la vida. El mundo del presente nos podrá parecer feo o bonito, horrible o estupendo, pero siempre fascinante. Ha sido una suerte haber tenido la fortuna de haber vivido en este siglo con una ciencia avanzada, con medicina y abundancia de bienes, haber podido estudiar hasta donde te han permitido tus capacidades. En otra época la dentadura, el corazón o las tripas hubieran sido suficientes para mandarme al otro barrio muchísimo tiempo antes.

Por todo ello, la actitud ante la vida es de agradecimiento a tantas personas que me han ido ayudando en cada momento de la existencia: padres, maestros, curas, médicos, amigos, amigas. En el fondo es una actitud religiosa de agradecer a Dios lo gozosa que ha resultado mi vida.

Ahora, a los sesenta años, cuando todo el mundo anda en eso de la jubilación, comienzo a asumir las mayores responsabilidades de mi vida y ello constituye una gran alegría porque aquellas cosas en las que más he creído se pueden comenzar a realizar ahora precisamente en el ocaso sereno de la existencia.

Valores marginados

Existen valores marginados en nuestra sociedad occidental que son los que he ido cultivando toda la vida. Lo que más me ha preocupado desde niño hasta ahora ha sido mi vida interior, entendida en un sentido muy amplio. La vida del espíritu comprende cosas muy diversas: la vida de oración y de contemplación del mundo a la luz del Dios revelado en Jesús de Nazareth; la lectura de la palabra y la de interpretaciones de esa palabra a través de la reflexión de otros teólogos y filósofos; la lectura de la realidad humana a la luz de la palabra y del sentir profundo cristiano; el

cultivo del buen humor y de la amistad; el acercamiento a narradores y poetas; comunicar mi pensamiento y mi interpretación de diversos acontecimientos en la predicación y en estos escritos que recibís cada mes; el gusto por algunas artes como la pintura, la música, el canto. Todo ello podría ser parte de los componentes de mi vida interior. Siempre suelo recordar la oda de Fray Luis de León:

*Qué descansada vida
la del que huye del mundanal ruido
y sigue la escondida
senda por donde han ido
los pocos sabios que en el mundo han sido.*

Como contrapartida no he sabido transformar el mundo: hacer del mineral de hierro y de piedras negras o marrones o rojizas una nevera o a una herramienta ha sido realización de otros hombres. Llegar desde la piel de un becerro a mis zapatos, desde el algodón en rama a la camisa que visto, desde el árbol al mueble o al barco: todo ese mundo en el que han intervenido cabezas potentes, horas de investigación, de idear y soñar, no ha sido el mundo que me ha ocupado. Por lo tanto mi percepción de la realidad es sin duda parcial. En el mundo de la técnica habré llegado a cambiar una rueda de automóvil o a graduar

los platinos del coche. Estos valores del quehacer tecnológico siempre han estado en alza y hoy también y ante ellos he sentido una admiración inmensa. En mi vida hay déficit de sentido práctico.

De estos dos mundos, el de la acción y el de la contemplación, sin duda alguna el más cultivado es el de la técnica y casi todos los técnicos, pienso, añoran un tiempo para cultivar la interioridad, el pensamiento y el ocio poético y festivo. Una de las funciones de los hombres de la interioridad pudiera ser ofrecer espacios de relax interior a los hombres de la técnica.

Mundo apariencial

Hay además otro factor altamente estresante en los hombres de la acción y es que todo el mundo de la tecnología se traduce —en organización de trabajo— en empresa industrial, en sociología, en economía y en política, que son cosas que absorben el quehacer humano, que lo hacen más exterior y apariencial y lo alejan cada vez más del mundo «de los pocos sabios que en el mundo han sido».

Todo eso se hace en el tráfico de la ciudad, en la relación social, en la reunión y la entrevista, en un trabajo que se tiene que ver en sus resultados traducibles generalmente en economía.

En un mundo con tendencias aparienciales —la apariencia vende— el «parecer» puede primar sobre el «ser». Pero el «no ser» y «parecer ser» causa fatiga y mina por dentro porque el hombre está llamado a la verdad y la primera verdad debe ser el acuerdo profundo consigo mismo: no puede estar mintiéndose a sí mismo continuamente. Existe el peligro de vacío interior y por tanto de vanidad. El hombre moderno

tiene que buscar espacios de autenticidad, de no estar sometido a las convenciones sociales, y de renunciar por tiempos al mundo de la corbata y el coche, al mundo de la apariencia para andar a pie durante cuatro horas, o poder un seto, o hacer una zanja, o irse a pescar o cultivar coles, o jugar con unos amigos o con sus hijos o estar tumbado sintiendo el palpitar de la tierra. Al fin eso es hacer aflorar la verdad que todos llevamos dentro y a la que encerramos por las presiones de la vida.

Mundo de intereses

Ese mundo también es un mundo de intereses, de competitividad, a la carrera por llegar antes, más alto o más lejos, un mundo de utilidades. Si no quiere uno encerrarse en el mundo de la individualidad o del egoísmo, donde la respuesta a todas las preguntas se reducen al engrandecimiento del «yo», no queda más recurso que salir de la cárcel del «yo» y del solipsismo (protagonismo del «yo») para mirar a los demás y sencillamente tender al altruismo, al ser para otros, al compartir preocupaciones y beneficios.

El compartir, el solidarizar y el cooperar son movimientos conaturales al espíritu del hombre en cuanto piensa y razona un poco y sale del mundo puramente instintivo. También éste es un servicio que los hombres más libres y espirituales pueden ofrecer. Tratar de elevar el punto de mira del instinto, o de lo primario, a una manera de ver el mundo desde el espíritu o desde la mente razonadora, o meditativa, o reflexiva, o contemplativa. Si humano es el instinto, humano es también el pensar y razonar y lo más característicamente hu-

mano, lo que nos diferencia del mundo animal, es precisamente el poder pensar y el poder organizar, cambiar el futuro y poder amar.

Escuchar los secretos de la vida y dejarse además informar, iluminar y sorprender por el misterio que ella encierra, sin caer en la tentación de manipulaciones torvas es entrar en el círculo de gratuidad, de lo inútil.

Acudir en primavera al claustro de Silos para disfrutar de su paz, silencio, emoción, arte, oración y fraternidad es reconocer el alcance de lo inútil y gratuito en la filosofía espiritual de las personas.

Todo ello, aceptando los legítimos valores de la modernidad, pone freno a las tendencias desconsideradas de apreciarlo todo con criterios de eficacia, de contabilidad, de dominio, y contribuye a que el hombre respire un aire más puro y contemplativo.

No hay duda de que apreciarlo y admirarlo la legitimidad del saber práctico de una eficacia estimable sin caer en el absolutismo de lo útil, acción y contemplación se deben dar la mano, y eficacia y admiración filosófica también. **A**

(†) Sacerdote de Mondragón, discípulo de José M^a Arizmendiarrreta y miembro tempranísimo del Instituto Emmanuel Mounier, en cuyas primeras Asambleas participó con cariño. El presente artículo es el último que antes de su muerte casi repentina publicó en la revista T. U. —marzo, 1955—. Por su contenido parece estar escrito a manera de testamento: sirva su reproducción como homenaje y como fraterno saludo de eternidad. Hasta siempre, hermano.